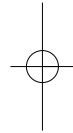
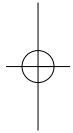


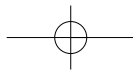
# **Louis Auchincloss**

## La educación de Oscar Fairfax

Traducción de Pilar Mañas Lahoz



Libros del Asteroide 



Primera edición, 2008  
Título original: *The Education of Oscar Fairfax*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1995 by Louis Auchincloss

© de la traducción, Pilar Mañas Lahoz, 2008  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

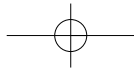
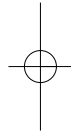
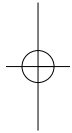
Traducción del fragmento de *El preludio* de William Wordsworth en página 238 según versión de Bel Atreides.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Santa Magdalena Sofia, 4, bajos  
08034 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-935914-1-0  
Depósito legal: B.746-2008  
Impreso por Reinbook S.L.  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

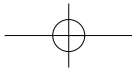
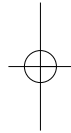
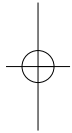
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

Para David Clapp, mi más que  
meritorio sucesor en el Museo de  
la Ciudad de Nueva York



Todas las historias universales y las investigaciones sobre la causa de las cosas me aburren. He agotado todas las novelas, los cuentos y las obras de teatro; tan sólo las cartas, las vidas y las memorias escritas por aquellos que narran su propia historia me divierten y despiertan mi curiosidad. La ética y la metafísica me aburren intensamente. ¿Qué puedo decir? He vivido demasiado.

MADAME DU DEFFAND  
(que podría haber estado hablando en nombre de Oscar Fairfax)



## Padre y Dios

El retrato que hizo Sargent de mi padre —pintado cuando yo tenía diez años, en 1905—, que cuelga todavía en el vestíbulo principal de la Colonial Art Gallery, de cuyo consejo él fue miembro muchos años, podría considerarse la imagen ideal del aristócrata americano de su época. En caso de que hubiera habido alguno. De hecho, ésa debió de ser la pregunta que se hacía el artista. Aunque el famoso retrato transoceánico que Sargent hizo de lord Ribblesdale —quien, aunque dotado del porte majestuoso de un ministro, eligió posar como el señor de Buckhounds— representa la seguridad absoluta de un terrateniente, el maestro de las fisonomías eligió impregnar el de mi padre con un ligero toque de autorreprobación.

Lionel Fairfax, alto y delgado, aparece sentado con un aire de relajación controlada en un *bergère* Luis XV, vestido con un traje ligero de tonos acordes con el cabello prematuramente gris del modelo y el blanco nacarado de sus apacibles y curiosos ojos. Con una mano está sujetando un libro encuadernado en tafilete, el dedo índice entre las páginas como si el pintor hubiese interrumpido —interrupción

## 12 LOUIS AUCHINCLOSS

disculpable— una tranquila sesión de lectura. Los finos dedos de la otra mano, posados en el brazo de la butaca, y el modo elegante con el que una pierna se cruza sobre la otra, podrían haber sugerido una seguridad tan serena como la del noble inglés de no haber sido por una cierta tensión en la figura que evidenciaba una disposición para lanzarse a la acción, en caso de que la acción fuera requerida. En alguna ocasión lo había sido, evidentemente. Y podría volver a serlo.

Pero si mi padre estaba preparado para lanzarse a luchar por una causa, también estaba preparado para perderla. Victoria, fracaso o acuerdo, todas aquéllas eran escenas de una misma obra, comedia o tragedia, en la que unas fuerzas desconocidas le habían asignado un papel que representar. ¿No era eso suficiente? ¿Qué más había? No había nada más.

De hecho, éramos una de las pocas familias americanas que descendía por línea paterna de un noble británico prerrevolucionario. Un sobrino desheredado (no sabemos por qué) del sexto barón Fairfax de Cameron, dueño de gran parte de la colonia de Virginia, había emigrado a Nueva York para hacer fortuna, y las fuertes simpatías de sus descendientes por el bando de la Unión durante la Guerra Civil no contribuyeron a recomponer la fractura de la familia. Los Fairfax de Nueva York se habían recuperado económicamente, aunque apenas contaban como ricos en la nueva época de los magnates del pillaje. Mi abuelo paterno había fundado un respetado despacho de abogados en Wall Street que mi padre amplió hasta que adquirió un volumen considerablemente importante. También fue un activo miembro de la sociedad civil; fue presidente del Patroons Club, presidente del consejo del Colonial Art Museum y miembro directivo de la junta parroquial de la catedral de San Lucas. Y como mi madre era hija del obispo episcopaliano de Nueva York, formaban una pareja muy llamativa.



Sin embargo, había algo en el aspecto general de mi padre que recordaba la actitud de la madre de Napoleón: «Pourvue que cela dure». Nada que ver con la del rey Luis: «Après moi le déluge». Si tenía que llegar el diluvio, mi padre estaba preparado y dispuesto a sufrir su parte en la inundación. No digo que creyese realmente que el diluvio iba a llegar, y por supuesto no ha llegado todavía, y yo estoy escribiendo en 1975. Quizá nunca llegue. Pero como Henry Adams, él creía que su, al parecer, invulnerable posición social era parte de un mito, una reliquia del siglo XVIII: es decir, que tenía poco que ver con el mundo de nuestros días.

Al contrario que Adams, sin embargo, nunca se consideró más anacrónico que la mayor parte de sus contemporáneos. Él era vulnerable, sin duda, pero ¿quién no lo era? Las reliquias tenían su utilidad; podían incluso volverse rentables.

A pesar de sus antiguos modales de patricio, del suave tono de su voz, que no elevaba ni siquiera cuando se enojaba, de la exquisita atención que prestaba a su interlocutor, mostrando desacuerdo tan sólo con un majestuoso silencio, mi padre se había formado un riguroso juicio del mundo en el que trabajaba. Afirmaba que era Henry James, y no Adams, quien tenía la verdadera clave de ese mundo cuando escribió, al volver a su tierra natal tras una larga ausencia, que lo que había sucedido entretanto era el triunfo supremo de la clase media. James había tomado como símbolo de América el vestíbulo del hotel Waldorf-Astoria. Todo era calidez y flores y saludos y charla bulliciosa y tiendas caras y señoras con sombreros ampulosos —la máxima felicidad para el máximo número de gente—, siempre y cuando a la privacidad y a la tranquilidad se las ahuyentara como a vagabundos de una fiesta. «No os equivoquéis», nos prevenía, «a la mayoría le gusta que sea así. Ya veréis cómo esto ter-

## 14 LOUIS AUCHINCLOSS

mina extendiéndose por el mundo entero». Pero él sabía que un Lionel Fairfax todavía impresionaba a la mayoría de la gente. *¡Carpe diem!*

A mi padre a menudo se le acusó de ser un esnob por no sucumbir a la pujante costumbre americana de alternar con los clientes. No veía ninguna razón para beber o jugar al golf con personas cuyo único derecho para tratar con él era que habían requerido su pericia profesional. «Ellos no salen con sus dentistas ¿no?», preguntaba. Pero otras veces, sobre todo cuando el aspirante a anfitrión era un *arriviste* del tipo más rudo, su negativa era atribuida a la reticencia a verse desplazado de las pastas negras del *Social Register*.<sup>\*</sup> Esto era absurdo. A mi padre, el *Social Register* no le importaba en absoluto. Su reticencia se debía, probablemente, a que le desagradaba el modo en que el hombre en cuestión hacía negocios. Él le representaría, sí, siempre que el caso no implicase una violación de los principios éticos de la profesión, pero nada le induciría a intimar con un hombre a quien considerase carente de escrúpulos morales. ¿Cedía un poco? Por supuesto. Mi padre creía en la virtud de llegar a acuerdos. Era tan abogado como caballero.

Su perspicacia en la comprensión de su tiempo y de mí quedó ilustrada por el asunto de la bicicleta. ¿Hay alguna máxima más aceptada que ésta de que nunca se debe sobornar a un niño para que sea bueno? Él sabía cuándo dejar de lado esas reglas.

Cuando tenía siete años, mis notas en Browning School estaban por debajo de la media, y había dudas de si sería admitido en el Saint Augustine, el internado de Nueva Inglaterra que mi padre había elegido. Sin charla previa alguna,

\* *Social Register*: tipo de listín telefónico con las personas destacadas en la vida social de muchas ciudades norteamericanas. Se mantiene sin traducir por no existir equivalente en español. (N. de la T.)

me llevó a una exposición de bicicletas nuevas y me fue siguiendo mientras yo rondaba con ansiedad por allí, parándome ante las más gloriosas y costosas. Aquello era un milagro de velocidad y eficiencia en brillante plateado, con todos y cada uno de los últimos artilugios, desde una caja de bronce en el manillar hasta un sillín de lustroso cuero de cabrito y una bocina que reproducía el tema de Sigfrido.

—¿Te gusta? —preguntó con una ligera ironía—. ¿O no es lo suficientemente llamativa para un auténtico chico americano?

—Me gusta. ¡Por supuesto que me gusta! Pero sé que es demasiado cara para mí. —Mis padres eran bastante razonables con los regalos, pero no idiotas. No había sido un chico mimado.

—No es demasiado cara para un chico con media de ochenta en la escuela. O incluso con setenta y cinco. Mejora las notas y es tuya.

Yo me quedé boquiabierto. Jamás habría soñado ser el propietario de tan deslumbrante máquina. Aun así podía regatear. A mi padre no le importaba.

—Pero supón que saco setenta y cinco y alguien la ha comprado ya.

—La compraré hoy y la guardaré bajo llave hasta que se cumplan las condiciones.

—¿Podríamos dejarlo en setenta y tres?

Se rió entre dientes.

—¡Qué viejo tacaño eres! Muy bien. Lo dejamos en setenta y tres.

En el colegio trabajé como no había trabajado nunca y subí la media hasta setenta y dos. Y aún así me regaló la bicicleta. Sabía que había logrado su propósito. Cuando dejé Browning para ir al Saint Augustine, ya era el tercero de la clase.

## 16 LOUIS AUCHINCLOSS

A pesar de que adoraba a mi padre profundamente, de muchacho nunca me sentí como una auténtica parte de él o de los Fairfax. Esta ambivalencia es difícil de explicar. Sé que no es poco frecuente que los niños fantaseen con la idea de que han sido adoptados; quizá yo sufría algo parecido a esa neurosis. De algún modo, él y su clan, y en menor grado mi madre y su mitrado padre, eran, a diferencia de mí, personas *reales*, mientras que yo era un ser de importancia menor al que, sin embargo, trataban con cariño; mi existencia era la del paje en la corte, al margen de la más espléndida realidad de mis progenitores. Desde el lugar que yo ocupaba, sin embargo, tenía la posibilidad de apreciar una división. Había un chico, Oscar Fairfax (me había dado el nombre el obispo), pero en su interior moraba otra entidad: un observador que miraba a Lionel y a Julia Fairfax y les atribuía características personales y quizá — ¿quién sabe? — incluso los creaba, en algo parecido a una biografía imaginaria.

De cualquier modo, el semisolipsista que acechaba en mi psique ha desempeñado un papel durante toda mi vida, un papel persistente que en ocasiones me ha distraído. Las personas han sido mi constante preocupación. En ocasiones, sin embargo, no ha estado claro si ellas existían solamente en mí, o yo solamente en ellas. Existir en el sentido de lo que yo podía hacer con ellos, o para ellos, o quizá, finalmente, por ellos. ¿Quería ser biógrafo o novelista o psicólogo o sacerdote o incluso misionero? Al final acepté el consejo de mi padre y me convertí en abogado. Él decía que no importaba a lo que prestase más atención: a los clientes o a la ley.



Mi madre sospechó desde muy pronto que a mí me hacía falta que me ataran bien corto. Ella era una persona mucho

menos pintoresca que él: pequeña y seca, pero con un aire enérgico, una agudeza extraordinaria y un gran aplomo. Era conservadora en lo moral y lo político, como su pareja, pero no porque él la dominara, ni siquiera porque ella le amase (que le amaba), sino porque creía profundamente en los principios en los que él, al menos, había declarado creer. Si no hubiese sido así, ella habría sido capaz de mantener un total desacuerdo aun cuando fingiera aceptar la antigua concepción de la esposa sumisa. Pero en alguna ocasión me permitió vislumbrar sus incómodas sospechas acerca del vacío que existía detrás de las aceptables creencias de su marido y de sus igualmente aceptables acciones. Estaba molesta, por ejemplo, por el incidente de la bicicleta.

«Supongo que tendrá que comprarte un yate para que sigas sacando buenas notas cuando vayas a la universidad», dijo con cierto desprecio. «¡Se diría que tu padre cree que todo aquel que ose sugerir que un hombre puede trabajar por un incentivo que no sea un manojito de billetes es un socialista!»

Me afectaba que ella y mi padre, tan aparentemente unidos en su comportamiento externo, pudieran estar divididos en sus creencias. La fe de él, por supuesto, no era realmente una verdadera fe; era más bien una confianza inquebrantable en el mantenimiento de las formas para sustentar la estructura de un mundo poco civilizado. La de mi madre era una fe en la fe; ella y sus numerosos hermanos creían firmemente en su padre. Para ellos, el obispo Fish era el representante de Dios en la tierra, creían en Dios porque también creían en él.

—Los Fishes, o Fish, como deberíamos llamarles, son un auténtico banco de peces —me comentó mi padre en una ocasión con cierto sarcasmo—. Siguen al líder. Al menos es el instinto lo que les mantiene juntos. O más bien son una

18 LOUIS AUCHINCLOSS

tribu. Tu madre es una mujer admirable y la mejor de las esposas, pero cuando la suerte está echada y hay que tomar partido, siempre estará con el jefe.

—¿El jefe?

—Tu santo abuelo. ¿Quién si no?

Ahora que yo iba a cumplir catorce años, me hacía más confidencias. Tenía pocos amigos íntimos, y nunca se encontraba verdaderamente cómodo en compañía de mujeres. Mi madre era inteligente, pero no intelectual, y huía de cualquier discusión sobre temas abstractos. Mi hermana mayor, Henrietta, era muy poco sociable por esa época; se mostraba malhumorada, irritable y resentida ante cualquier interferencia de los padres. Solamente quedaba yo, que valoraba la idea de esta nueva camaradería.

—¿Te refieres al asunto de la catedral? —preguté. Había sorprendido en dos ocasiones a mis padres en total desacuerdo respecto a un proyecto del abuelo Fish, y habían dejado la discusión cuando vieron que yo estaba escuchando. El proyecto era la catedral de San Lucas, el gran templo gótico que estaban construyendo en la parte baja de Broadway. Iba a ser la obra maestra del obispo, el resplandeciente símbolo de la Iglesia episcopaliana en América y, a su debido tiempo, la basílica del reverendo Oscar Fish.

—Precisamente —respondió con una prontitud que demostraba cuánto le importaba el asunto—. A tu madre le preocupa mucho que yo tenga dudas acerca del proyecto. ¿No ha tocado su padre ya las trompetas y ha alertado a las multitudes? ¡Todo el mundo debe tomar partido!

—Pero ¿tú no estás en el comité para conseguir el dinero?

—Eso es justamente lo que me preocupa, hijo.

—¿Quieres decir que ya no crees en el proyecto?

—Empiezo a preguntarme si alguna vez lo hice.

—Entonces ¿por qué te metiste?

—Buena pregunta. Porque tu abuelo es un hombre muy persuasivo. Y la catedral es su pasión. Y todos sus hijos consideran un deber sagrado hacer todo lo que puedan por verla terminada. Dudo que se haga. Incluso dudo que pueda hacerse. Aunque el viejo, lo admito, es un genio de la recaudación de fondos. ¡Qué bien se le da lo de hacer que los ricos desembolsen! Supongo que es porque los adora.

—¿Quieres decir que los adora porque son ricos?

Su mirada dejó entrever que se estaba preguntando si no había ido demasiado lejos.

—No los ve así. Los ve como apreciados trabajadores del jardín de Dios. Si ellos no se ven a sí mismos bajo esa luz, tiene que encargarse de llevarlos de nuevo por el buen camino. Una misión con la que goza profundamente.

Ahora parecía volver a sus propios pensamientos. De repente soltó una risita.

—Algunas veces creo que cuando muera el obispo, se irá de veraneo a Newport.

—¿Qué quieres decir?

—No importa, hijo. Supongo que ya he dicho bastante.

Fue así cómo la educación comenzó realmente para mí: en el contraste entre el abuelo Fish y mi padre. Supongo que podría decir, incluso: en el contraste entre el abuelo Fish y el resto del mundo. Mientras que mi padre albergaba dudas acerca de su educación y de sus orígenes, la seguridad que el abuelo tenía en sí mismo, en su iglesia y en su nación era inquebrantable y serena. Era un hombre bajo cuya voz, suave y grave, podía convertirse en el púlpito en un trueno dorado. Pelo gris corto y bien peinado, frente alta, nariz diminuta, y unos ojos de un azul glacial que parecían asignarte el lugar exacto en la escala social, ni un peldaño de menos

20 LOUIS AUCHINCLOSS

ni, por supuesto, uno de más. Nada podía perturbar su ecuanimidad; Dios cuidaba de todo.

Lo que no significaba, sin embargo, que no pudiese haber algún descuido en la obra del Creador. El obispo era famoso por su energía y su eficacia administrativa, que no limitaba al gobierno de su diócesis, sino que también aplicaba a los asuntos de la Iglesia en su conjunto. Estaba constantemente presidiendo congresos eclesiásticos y encuentros con alcaldes, gobernadores e incluso presidentes. Se había convertido en una figura pública, blanco de parodias en los periódicos ateos, un símbolo de santidad remilgada para el agnóstico, aunque en privado estaba lejos de ser remilgado, e incluso a veces rayaba en lo subido de tono. Lo imagino ahora, limpiándose suavemente los labios con una servilleta antes de levantarse a responder al tintineo de las cucharillas contra las copas y dirigirse a una respetable multitud de corbatas negras y tiaras en el brillante salón de un hotel.

La abuela murió antes de que yo naciera, pero uno de sus nueve hijos e hijas estaba siempre «de servicio» en sus casas en Washington Square o en Lenox, Massachussets. Él no lo pedía; incluso ni siquiera lo esperaba; simplemente sucedía. Y se podría haber pensado que con tantos descendientes habría desarrollado una dulce y benevolente relación con sus nietos, pero no fue así. Nos trataba a cada uno de nosotros como a un adulto inteligente, merecedor de su absoluta atención. Yo no dudé, por ejemplo, en consultarle mis problemas teológicos.

—¿Me dices, Oscar, que tienes dificultad para creer en el más allá? Bueno, nadie puede creer en un más allá todo el tiempo.

—¿No sería aburrido, abuelo, estar siempre cantando aleluyas por calles de oro?

—¡Horrible! Pero no tienes que creerte esa tontería. Ese tipo de cosas es para la gente simple a la que le gustan los himnos evangelistas. No hay nada de malo en eso.